

tada la tarea pendiente de emprender un análisis propiamente dicho de los textos de arzobispo de Cracovia (p.129). Desde ahí se podrá seguir trabajando con la intención de seguir perfilando el «estilo conciliar» del Papa Wojtyła.—S. MADRIGAL.

BLANCO SARTO, PABLO, *La cena del Señor. La eucaristía en el diálogo católico-luterano después del Concilio Vaticano II* (Eunsa, Pamplona 2009), 318p., ISBN: 978-84-313-2610-4.

La doctrina de Lutero sobre la cena del Señor dejó abiertas tres cuestiones: la interpretación de la misa como sacrificio, el rechazo del término «transubstanciación» y la exigencia de la comunión al cáliz para los laicos. El libro que presentamos, que quiere tratar —según lo indica el subtítulo— del diálogo ecuménico católico-luterano posterior al Vaticano II concerniente a la teología eucarística, se remonta en un primer momento del análisis a la época de Lutero y de Trento, para recalcar finalmente en el último concilio de la Iglesia católica-romana. La cuestión de la comunión bajo las dos especies para los laicos no supone a día de hoy un motivo de separación entre católicos y luteranos; esta cuestión, urgida por el movimiento husita había sido largamente debatida en los concilios de Constanza (1414-1418) y Basilea (1431-1449), llegando a encontrar una solución pacífica. De esta forma, el objeto de estudio queda precisado en las otras dos cuestiones: la noción de sacrificio y la explicación de la presencia real.

Pablo Blanco prosigue el análisis repasando los acercamientos que se han ido produciendo al socaire de los documentos ecuménicos posteriores al Vaticano II, empezando por los más lejanos en el tiempo: «La eucaristía como sacrificio», 1967; «¿Hacia una misma fe eucarística?», 1972; «La Cena del Señor», 1978. En este proceso, sigue siendo un punto de referencia la sección correspondiente del llamado Documento de Lima (1982).

El tercer momento de análisis presenta la problemática eucarística en la reflexión teológica actual recabando la postura de algunos teólogos más destacados (W. Panenberg, G. Wenz, J. Ratzinger, W. Kasper, L. Lies, M. M. Garijo-Guembe). De ello tratan, sucesivamente, los dos capítulos finales del libro, que se distribuyen conforme a la dimensión sacrificial y a la presencia real.

El libro exhibe una estructura clara que ayuda a iniciarse en estas importantes cuestiones del diálogo ecuménico. En sus conclusiones, el autor señala que siguen por clarificar algunas cuestiones de fondo, como la duración de la presencia real, la transignificación y transfinalización, o el *defectus ordinis* mencionado en el artículo 22 del decreto sobre el ecumenismo.—S. MADRIGAL.

CÁCERES SEVILLA, ADELA DE, S.S.J., *Las Siervas de San José en la Iglesia del preconilio (1931-1961). Historia de una búsqueda de sus raíces* (Siervas de San José, Salamanca 2011), 351p.

Este libro es la continuación del publicado por la misma autora en 1998 con el título *Las Siervas de San José en la Iglesia de la Restauración 1874-1931*. Esta historia del

Instituto de las Siervas se prolonga ahora con treinta años decisivos, que transcurren durante los períodos de la Segunda República, la Guerra Civil y las dos primeras décadas del franquismo, hasta 1961. Adela de Cáceres mantiene en este segundo tomo de su historia las mismas cualidades que en el anterior: maestría historiográfica, dominio del tema y agilidad narrativa. Es una historia construida ante todo sobre fuentes (que se enumeran en p.11-14), entre las que destacan las memorias de los capítulos generales del Instituto y las crónicas de las comunidades, ricas en noticias contadas con sencillez y frescura, como las de la casa de Zamora, cuando acogió a las hijas de presos y represaliados después de la guerra (p.135-149). La autora conoce perfectamente la historia de las Siervas desde dentro (bien demostrada en las biografías de la Madre Bonifacia y del Padre Butiñá); pero añade la profesionalidad propia de su doctorado en Historia, que se nota en la distribución cronológica y temática de la materia en once capítulos con epílogo y apéndice documental, y en las acertadas ambientaciones políticas, religiosas y sociales que sirven de introducción a los sucesivos períodos. La autora sabe infundir, además, en sus escritos, el toque de la anécdota bien elegida, del suceso cotidiano, de la cita oportuna. Son detalles llenos de humanidad, muy femeninos, que acercan la historia al lector y le facilitan la lectura.

María Dolores Gómez Molleda ha explicado muy bien las características de la obra en su bien ajustado prólogo, en el que señala la doble cuestión o argumento del libro: el desarrollo de la historia de las Siervas desde su dedicación preferente a la educación, y el avance en el reconocimiento de la Fundadora. Los dos argumentos quedan ya anunciados en el título completo de la obra.

El período historiado (1931-1961) es el del «preconcilio», expresión que focaliza los treinta años que preceden al Vaticano II. Se impuso entonces, en la Iglesia, un estilo uniforme en la manera de vivir la espiritualidad y el apostolado, que alcanzaba también a la enseñanza católica. En el libro no se habla del preconcilio en sentido negativo, sino descriptivo. Se nos ofrece una mirada histórica de la vida de la Iglesia de España bajo los pontificados de Pío XI y Pío XII; una Iglesia que sufre primero el acoso del laicismo republicano y progresa después al amparo del nacionalcatolicismo franquista. La concreción de esa historia en una congregación religiosa femenina dedicada casi exclusivamente a la enseñanza es una aportación muy apreciable para la historia de Iglesia, desde la perspectiva de uno de sus muchos institutos religiosos femeninos.

La historia de las Siervas es un precioso botón de muestra de lo que fue aquella Iglesia, cercana y mal conocida, a la que a menudo se juzga injustamente cuando se la separa de su contexto. El libro de Adela ayuda a entender los entusiasmos, problemas e inquietudes de la vida católica en aquellos años. No contiene ponderaciones ni descalificaciones; simplemente cuenta la historia como es, deja hablar a sus protagonistas, y de ese modo permite que el lector se forme su propio juicio y reconozca el mérito de aquellas mujeres que trabajaron sin descanso con eficacia y humildad. Eran tiempos en que dominaba una espiritualidad «tradicional», cuando la vida religiosa se regulaba a golpe de obediencia, en el cauce de la norma y la costumbre. Esta religiosidad aparece, por ejemplo, en los capítulos generales de la congregación y en las cartas de las superiores, así como en los idearios y reglamentos. La espiritualidad se expresaba en los rezos y devociones de los años cuarenta (cap.6) y se identificaba, en los años cincuenta, con la Iglesia que vivía los fervores del año santo, el congreso eucarístico de Barcelona o la proclamación del dogma de la Asunción (cap.8).

Era una espiritualidad ardiente y expansiva. El libro refleja bien aquella efervescencia que se manifestaba al menos en tres aspectos. 1.º) La abundancia de vocaciones; en 1952, cuando la M. General Loreto Parrado pidió la división de la congregación en tres provincias, había en total 536 religiosas y 83 novicias (p.258). 2.º) La fundación de nuevas casas y colegios dentro y fuera de España; en el año citado había 26 casas en España y 20 en el extranjero. 3.º) La expansión misionera, que se confirma en 1944 con el reconocimiento por la Santa Sede como congregación misionera, y se manifiesta en la presencia de la misma en Filipinas y América (Cuba, Colombia, Argentina, Perú, Chile, Estados Unidos).

En este contexto preconiliar se desarrolla el apostolado de las Siervas que se entonces se dedicaban casi exclusivamente a la enseñanza, con cierto despegue, aunque no total, del carisma asistencial y artesanal de los orígenes. El desarrollo del apostolado de la enseñanza se ajusta perfectamente a los avatares de la política educativa. Durante la República, la prohibición de la enseñanza a los religiosos se escamoteó poniendo los colegios de las josefinas a cargo de seglares afines. Durante el primer franquismo se aprovecharon las ventajas del régimen para implantar una enseñanza transida de catolicismo y patriotismo, que se fue suavizando en los años cincuenta durante el ministerio de Ruiz Jiménez. Las fundaciones de nuevas casas se realizan en forma de escuelas y colegios, cuyo origen y desarrollo se refiere detalladamente (cap.5 y 9). Llama la atención la cercanía y calidad con que las Siervas asumieron la tarea educativa, el afán por lograr una buena formación académica y religiosa, y la variedad de las enseñanzas que impartieron, pues además de la enseñanza primaria y los cursos de bachillerato y de magisterio, abrieron tres escuelas apostólicas para el cultivo de las vocaciones, cinco escuelas de Magisterio y cuatro residencias universitarias, tenían guarderías, colaboraban —como en Colombia— con los colegios de los jesuitas, instruían a niños pobres o de familias necesitadas (como las hijas de los presos en Zamora), o daban formación profesional a jóvenes marginadas, como en Chile. Con estas dedicaciones a la educación de los pobres, y con otras acciones asistenciales y de acogida, las Siervas retomaban, en los últimos años, el carisma fundacional de los talleres de Nazaret.

El segundo argumento del libro se expresa claramente en el subtítulo: «Historia de una búsqueda de las raíces». Es la historia del descubrimiento y reconocimiento de la Madre Bonifacia, como fundadora de la Congregación. El asunto queda plenamente imbricado en la trama anterior, y constituye una singularidad en la historia de las Siervas, que desconocieron durante muchos años el origen de su instituto, el sentido de su carisma original y hasta el nombre sus fundadores. La próxima canonización de Bonifacia en el mes de octubre de este año ofrecía la oportunidad de escribir la historia de la recuperación de su memoria. Es el mejor tributo que podía ofrecerse a la nueva santa; y Adela de Cáceres lo ha hecho de maravilla en este libro. El descubrimiento de Bonifacia por sus propias hijas fue un proceso lento, pero imparable, de reparación, reconocimiento e identificación con la Fundadora. Todo comenzó con el hallazgo en 1936 de una caja oculta tras el altar de la casa de Zamora, con documentos sobre la Madre y la fundación de la congregación (cap.2). La carta de la Madre General Aurora Sánchez, proclamando fundadores a la Madre Bonifacia y al Padre Butiñá en 1941 fue una decisión importantísima, que se completó con la primera biografía impresa, escrita por Juan Sánchez (cap.4). El traslado de los restos de la Madre

a Salamanca en 1945 y su colocación en el mausoleo refleja el clima de entusiasmo que ya rodeaba su figura (cap.5, p.150-158). El proceso de beatificación y canonización abierto en 1954 y concluido en 1961 (cap.10, p.268-278) divulgó la devoción a Bonifacia y «fue poco a poco iluminando la historia y vida de la Congregación, tan oscurecida durante décadas» (p.278).

El epílogo del libro está dedicado a la santidad de M. Bonifacia. Entre los testimonios sobre su santidad se destaca el de Cecilia Esteban, que convivió siete años con la santa en Zamora (p.313-315). Es una semblanza bellísima, escrita con cariño y sencillez. Bonifacia era una mujer con cara redondita y ojos humildes, hablaba despacio y caminaba deprisa; «tenía un exterior agradable, buenos modales, limpia y arreglada, de tal forma que llamaba a imitarla»; muy cuidadosa y ordenada en el taller, recogiendo los hilos y trocitos de tela, y en la cocina «hasta en los pucheros y cazuelas». Le gustaban las flores y hacía ramos. «Iba delante en todo, en la piedad y en el trabajo». Una mujer sencilla, que tomó «la caridad como norma de vida y de gobierno», y que vivió el carisma del «trabajo y la oración hermanados».—M. REVUELTA GONZÁLEZ.

CÁRCEL ORTÍ, VICENTE (ed.), *La II República y la Guerra Civil en el Archivo Secreto Vaticano. [I-1] Documentos del año 1931 (febrero-julio). [I-2] Documentos del año 1931 (agosto-diciembre)* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2011), XXVI + 678p., 814p., ISBN: 978-84-2201531-1.

Vicente Cárcel nos tiene acostumbrados a la publicación de importantes documentos enviados por los Nuncios a la Secretaría de Estado (cf. EE 52 [1977] 417-418: la nunciatura de Tiberi; EE 65 [1990] 73-74: informes sobre la Iglesia de España en tiempo de León XIII). El plan que ahora se propone es publicar los documentos del Archivo Vaticano referentes a la II República y Guerra Civil en cuatro volúmenes: I: año 1931; II: años 1932-1934; III: 1935-1936, y IV: 1937-1939. Es un proyecto muy importante por centrarse en unos años decisivos, llenos de sucesos dramáticos y discutidos. Nadie como Vicente Cárcel para acometer con éxito tamaña empresa, teniendo en cuenta su conocimiento del Archivo Vaticano; conocimiento que ha sabido transmitir, de manera sabia y altruista, en muchas de sus publicaciones. La dificultad de su plan es clara, «pero a grandes Hércules da Dios grandes columnas». El volumen primero, que acaba de aparecer en dos tomos, es una garantía de la oportunidad, el rigor científico y el interés científico de este proyecto historiográfico.

El editor comienza la obra con dos estudios introductorios. El primero, bajo el título de «Presentación» (p.IX-XXIII), comienza con unas reflexiones éticas aplicadas a la historiografía de la república y de la guerra, que necesita revisión para superar los maniqueísmos de unos u otros. La historia no debe hacerse a golpe de leyes o memorias partidistas, sino en el clima de seriedad de la investigación, partiendo de documentos de los archivos, como los que aquí se publican. Sigue después el análisis de las diversas secciones consultadas en el archivo de archivos que es el ASV. La fuente fundamental es la correspondencia (en forma de cartas, despachos o telegramas)